



Capítulo 1

Rosie

Alguien estaba tratando de entrar en mi apartamento. Bueno. En teoría, no era *mi* apartamento, sino más bien el lugar donde me estaba quedando en aquel momento. Eso no cambiaba los hechos. Porque si algo había aprendido de vivir en un par de vecindarios de Nueva York de dudosa reputación era que, si alguien llamaba a tu puerta, era porque pedía que lo dejaras entrar.

Evidencia número uno: el tamborileo insistente en la puerta de entrada que, por suerte, estaba cerrada con llave.

El sonido se detuvo y me dejó liberar todo el aire que había estado conteniendo.

Esperé, con la mirada fija en la cerradura.

De acuerdo. Quizá estaba equivocada. Quizá era un vecino que confundió este apartamento con el suyo. O tal vez quien sea que estuviera allí afuera había golpeado la puerta por casualidad y...

Un ruido, como si alguien estuviera empujando la puerta con el hombro, me asustó y me hizo retroceder de un salto.

Nop. No era alguien llamando a la puerta y era probable que tampoco fuera un vecino.

Mi próxima respiración fue tan liviana que el oxígeno apenas llegó a su destino. Pero ¡qué diablos! No podía echarles la culpa a los pulmones. En realidad, después del día que había tenido, tampoco podía culpar a mi cerebro de no ser capaz de cumplir con funciones básicas como respirar.

Hacía solo un par de horas que el que había sido mi apartamento durante los últimos cinco años, tan acogedor y divinamente bien cuidado, se me había caído encima. Literal. Y no estamos hablando de una grieta en el cielorraso y algo de polvo suelto.

Una parte del techo se desprendió y se desmoronó. *¡Se desmoronó!* Ahí, justo delante de mis ojos. Casi encima de mí. Se hizo un agujero lo bastante grande como para regalarme una vista despejada de las partes íntimas del señor Brown, el vecino del piso de arriba, que me miraba desde las alturas. Y me hizo descubrir algo que nunca quise ni necesité saber: aquel hombre de mediana edad no usaba nada debajo de la bata. Nada de nada.

Ese descubrimiento había sido tan traumatizante como el trozo de cemento que casi se me cayó encima de camino al sofá.

Y ahora esto. Me forzaban la entrada. Después de recomponerme lo suficiente como para juntar mis cosas –bajo la mirada inquisitiva y atenta del señor Brown y debajo de sus partes íntimas que pendían incluso con total... libertad– y de llegar al único lugar en el que podía pensar, alguien estaba tratando de entrar por la fuerza.

Me pareció escuchar unas palabrotas en un idioma extraño mientras continuaba el ruido contra la cerradura.

Ay, mierda.

Allí afuera, en la ciudad de Nueva York, había más de ocho millones de habitantes y tenía que ser justo yo la potencial víctima del robo, ¿verdad?

En puntas de pie, me di la vuelta y me alejé de la puerta del apartamento estudio adonde había huido en busca de albergue, y dejé que mi vista recorriera rápidamente el lugar conocido para analizar mis opciones.

Por la distribución abierta del apartamento, no había ningún escondite respetable. El baño era la única habitación con puerta, pero ni siquiera tenía cerradura. Tampoco veía objetos que pudiera usar como armas, excepto el candelabro torcido de cerámica, que había surgido un domingo de pereza y bricolaje, y la lámpara de pie endeble de estilo bohemio, de la cual no estaba segura. Escapar por la ventana no era una opción, si tenía en cuenta que el apartamento estaba en un segundo piso y no había salida de incendios.

Las palabrotas frustradas se volvieron más claras. La voz era profunda, musical, y una respiración muy ruidosa encubrió unas palabras que no logré entender.

Se me aceleró el corazón y me llevé las manos a las sienes en un intento de contener el pánico creciente.

Podría ser peor, me dije. Quienes sean que estén allí afuera, está claro que no son buenos en esto. En forzar entradas. Y no saben que estoy adentro. Todo lo que saben es que el apartamento está vacío. Eso me da...

Sonó una notificación de mi celular, un sonido alto y agudo que rompió el silencio.

Y me puso al descubierto.

Mierda.

Con una mueca de dolor, me abalancé sobre el dispositivo, que estaba en la isla de la cocina. No podrían ser más de tres o cuatro pasos hasta allí. Pero mi cerebro, que todavía parecía estar luchando por realizar las funciones básicas, digamos, me hizo dar tres o cuatro pasos adelante, calculó mal la distancia y me hizo chocar la cadera contra un taburete.

—No, no, no. —Escuché que las palabras se me escaparon de la boca en un gemido, mientras que con una mano intentaba alcanzar el taburete. Sin éxito. Porque...

Se estrelló contra el piso.

Sentí que apretaba los párpados. Como si mi cerebro estuviera tratando de protegerme de ver el lio que había hecho.

Después de la Gran Explosión, el silencio llenó la sala con algo que, sabía, era una falsa sensación de calma.

Abrí un ojo y eché un vistazo en dirección a la puerta.

Tal vez aquello era bueno. Quizá eso... ¿lo había ahuyentado? ¿Los había ahuyentado? Lejos...

—¿Hola? —Una voz ronca llamaba desde el otro lado de la puerta—. ¿Hay alguien en casa?

Caramba.

Me enderecé y me di la vuelta muy despacio. Todavía podía pasar que...

Por segunda vez, resonó en todo el apartamento la melodía que había configurado para la aplicación motivacional que me había descargado temprano ese día.

Jesús. Alguien allí afuera quería arruinarme el día. Llámalo karma, predestinación, destino, diosa Fortuna o alguna otra entidad poderosa a la que, era obvio, le había tocado los huevos. Hasta podría ser Murphy y su ley estúpida.

Finalmente, tomé el celular para silenciar la estúpida cosa.

Sin querer, mis ojos se fijaron en la supuesta frase motivacional que aparecía en la pantalla: SI LA OPORTUNIDAD NO LLAMA A TU PUERTA, CONSTRUYE LA PUERTA.

—¿En serio? —susurré.

—Puedo oírte, ¿sabías? —comentó el intruso—. El móvil, después el golpe y otra vez el móvil. —Hizo una pausa y agregó—: ¿Estás... bien? Fruncí el ceño. Muy considerado para ser un posible ladrón.

—Sé que hay alguien ahí dentro. Puedo escuchar tu respiración —insistió.

Me vino una oleada de indignación. Yo *no* era una persona con respiración pesada.

—Bien, escucha, yo solo quería... —dijo el intruso, con una risita. *Una risita*. ¿Se estaba riendo! ¿A mi costa?

—No, tú escucha —solté al fin, con voz quebrada—. Lo que sea que estés haciendo, no me interesa. Voy a, voy a... —Había estado parada allí como una boba, sin hacer nada. Y eso no iba a continuar—. Voy a llamar a la policía.

—¿A la policía?

—Exacto. —Desbloqueé mi móvil con los dedos temblorosos. Ya había tenido suficiente de esta... esta... situación. Qué diablos, *todo este día* ya había sido suficiente—. Te doy unos minutos para que te vayas antes de que los oficiales lleguen aquí. Hay una central de policía a la vuelta de la esquina. —No había ninguna y esperaba que él no lo supiera—. Así que, si yo fuera tú, empezaría a correr.

Di un paso mínimo y cuidadoso en dirección a la puerta, luego me detuve para escuchar su reacción. Con suerte, sería el sonido de su huida.

Pero no escuché nada.



—¿Me escuchaste? —le grité. Enseguida endurecí la voz antes de hablar de nuevo—: Tengo amigos en la Policía del Distrito de Nueva York. —No los tenía. Lo más cerca a eso era el tío Al, que era guardia de seguridad en una compañía en la 5ta. Avenida. Pero eso no pareció impresionar al intruso, porque no pronunció palabra después de mi declaración—. Está bien, te lo advertí. Estoy marcando el número, así que depende de ti... maldito... intruso tintineante.

—¿Qué?

Puse la llamada en altavoz, ignorando mi elección de palabras poco amenazantes y desafortunadas y, segundos después, la voz del operador de emergencias se amplificó en el apartamento:

—Nueve, uno, uno. ¿Cuál es su emergencia?

—Hola —dije, y me aclaré la garganta—. Hola. Hay... hay alguien que está tratando de forzar la entrada del apartamento donde estoy.

—Un momento, ¿en serio estás llamando? —El intruso resolló y, enseguida, agregó—: Ah, bueno, ya veo. —A continuación, otra risita. *¡Otra risita!* ¿Le parecía que todo esto era divertido?—. Es una broma.

Se me hinchó el pecho de indignación: *¿una broma?*

—¿Hola? —La voz venía del altavoz de mi celular—. ¿Señorita? Si no es una emergencia, entonces...

—¡Ah!, pero sí lo es —respondí de inmediato—. Como le decía, llamo para denunciar que me han forzado la entrada.

El intruso habló antes de que pudiera hacerlo el operador:

—Estoy parado afuera, en el pasillo. ¿Cómo que *he forzado la entrada?* Ni siquiera logré entrar.

Ahora que lo escuchaba hablar más, podía oír su acento con más nitidez. La forma en que pronunciaba ciertas palabras me era familiar y me activó una alarma en algún lugar de la cabeza. Pero no tenía ni ganas ni energía para desperdiciar en alarmas.

–Intento de robo –corregí.

–Bien, señorita –respondió el operador–. Voy a necesitar su nombre y la dirección de su apartamento.

–¡Ya sé! –exclamó el intruso con voz tan fuerte que retrocedí un paso–. Esta es una de esas bromas pesadas. Lo he visto en ese programa de televisión cuando estuve en casa. ¿Cómo se llamaba el tipo? El presentador. Ese que tiene buen pelo. –Hizo una pausa–. No importa. –Hizo otra pausa–. ¡Me hiciste caer! La verdad, estuvo buena. Mira cómo me río –agregó antes de lanzar una carcajada estridente que casi hizo que se me cayera el celular de la mano–. Ahora, ¿podrías, por favor, abrirme la puerta y terminar con esto? Es pasada la medianoche y estoy exhausto. –Ya se le había ido el buen humor de la voz–. Dile a ella que es graciosísima. Recordaremos esto como una de las mejores bromas de la historia.

¿Decirle a ella? ¿Decirle a quién?

Fruncí el ceño. Bajé la voz y le hablé al celular:

–¿Escuchó eso? Me parece que está perturbado.

–¿Perturbado? –se burló el intruso–. No estoy loco, solo... cansado.

Algo se cayó al suelo y dio un golpe seco al otro lado de la puerta. Recé porque no fuera él. No estaba de humor como para encima tener que lidiar con un hombre inconsciente.

–Ya escuché –dijo el operador–. Y señorita, yo...

–¿Me equivoqué de puerta o algo así? –interrumpió el intruso.

¿Equivocarse de... puerta?

Eso me llamó la atención.

–Señorita –masculló el operador–, su nombre y la dirección de su casa, por favor.

–Rosie –respondí rápido–, soy Rosalyn Graham y... y, bueno,



en rigor, esta no es mi casa. Estoy en el apartamento de mi mejor amiga. Ella está de viaje por ahora y yo... necesitaba un lugar donde quedarme. Obvio que no forcé la entrada. Tenía llave.

–Yo también tengo llave –ofreció el intruso.

El dato me punzó la cabeza.

–Imposible. –Miré con enojo hacia la puerta–. Tengo la única llave de repuesto que existe.

–Señorita Graham –el operador tenía la voz distorsionada del fastidio–, quiero que pare de interactuar con el individuo que está detrás de la puerta y nos diga su ubicación. Le enviaremos una unidad para que verifique todo.

Abrí la boca, pero antes de que me salieran las palabras, el intruso habló de nuevo:

–De verdad, ella se superó.

Ella. De nuevo ese ella.

No dijimos nada durante unos segundos. Entonces, el silencio se quebró con un golpe fuerte. Un golpe que era como si se hubiera desplomado contra su lado de la puerta.

–¿Ella? –pregunté, por fin, mientras ignoraba el “¿señorita Graham?” del operador que venía de mi celular.

–Sí –respondió el intruso, sin vueltas–, mi prima menor, muy creativa y la más divertida.

Contuve la respiración en algún lado, entre el tórax y la boca.

La prima menor.

Ella.

El intruso con acento marcado que me era demasiado familiar.

La única explicación posible tomó forma en mi cabeza.

¿Me había...?

No, no podía ser tan idiota.

–¿Señorita Graham? –Volvió a sonar la línea–. Si esta no es una emergencia...

–Lo siento... –Cerré los ojos–. Los volveré a llamar si los necesito. Gracias.

La prima menor.

Ay, Dios mío. Ay, no. Si este era uno de los primos de Lina, la había cagado. A lo grande.

Di por terminada la llamada, guardé el celular en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero, y me obligué a inhalar profundamente, con la ilusión de que se me oxigenaran mis células cerebrales sin duda defectuosas.

–¿Quién es tu prima, en concreto? –pregunté, aunque estaba bastante segura de la respuesta.

–Catalina.

Era oficial. La había cagado. *Síp*. Y sin embargo, porque estábamos en Nueva York, y había tenido que lidiar con una gran cantidad de gente extraña y de situaciones extrañas, agregué:

–Voy a necesitar más información que eso. Podrías haberte fijado el nombre en el buzón.

Un suspiro largo y profundo se escapó del otro lado del umbral de madera que nos separaba, lo que me hizo sentir el ácido del estómago revuelto.

–Lo siento –solté, incapaz de impedir que se me escaparan esas dos palabras, porque lo *lamentaba*–, solo me aseguro de que...

–De que no sea una persona perturbada –respondió el intruso, antes de que yo pudiera continuar con el resto de mis disculpas–. Catalina Martín, nacida el veintidós de noviembre. Cabello y ojos marrones, risa chillona. –Cerré de nuevo los ojos, el revoltijo del estómago se me estaba subiendo a la garganta–. Es menudita, pero



si te pega una patada en las bolas, te va a dejar sin aire; lo digo por experiencia personal. –Hizo una pausa corta–. ¿Qué más? A ver... Ah, detesta las serpientes y todo lo que se le parezca de lejos. Aunque sean unas medias cosidas unas con otras y rellenas con papel higiénico. Inteligente, ¿eh? Bueno, eso fue lo que nos llevó a las patadas en las bolas. Así que, en realidad, la broma terminó siendo para mí.

Síp.

La cagué. En grande.

Bien y ¡a lo grande!

Y me sentía mal. Horrible.

Tanto que ni siquiera me atreví a detenerlo cuando prosiguió:

–Ella estará de viaje las próximas semanas. Disfruta su luna de miel en... Perú, ¿verdad? –Esperó a que yo le confirmara, pero no hubo confirmación. Estaba muda. Mortificada–. Aaron es el afortunado. Un tipo alto, de apariencia intimidante, por las fotos que he visto.

Aguarden. Eso quería decir...

–No lo he conocido personalmente. Aún no.

¿No ha conocido a Aaron en persona *aún*?

Yo... *No*. No, no, no. Eso no podía estar pasando.

Pero después dijo:

–No tuve el gusto de asistir a la boda.

Y confirmé que eso, en efecto, podía estar pasando. Y fue así como ninguna de mis anteriores conmociones o bochornos se comparaban con lo que estaba empezando a sentir en aquel preciso momento.

Porque ese hombre no era un intruso cualquiera o un individuo perturbado que se había topado con el apartamento de mi mejor amiga.

Este hombre, por el que yo había llamado a la policía, era un familiar de Lina.

Y ahí no acababa la cosa. *No*. Tenía que ser el único primo que no había conocido a Aaron.

La única persona de toda esa larga lista de parientes españoles de Lina que se había perdido la boda. Tenía que ser *él*.

–Escuché que fue una fiesta fabulosa –dijo, y se sintió como un golpe real en el pecho–. Qué pena que me la perdí.

Sin saber bien cómo, noté que estaba apretando el picaporte de la puerta. Como si sus palabras y el darme cuenta de que era *él* de algún modo me hubieran llevado hasta la entrada y hubieran obligado a mis dedos a sostener el pomo bien fuerte.

No puede ser él, me gritaba una voz en la cabeza. *No puedo tener tanta mala suerte*.

Pero la tenía. Sabía que así era. Y la predestinación, el destino, la suerte o cualquiera sea la fuerza a cargo de decidir mi suerte había hecho las maletas y me había dejado para que me las arreglara sola.

Porque este hombre era el único primo al que yo, en secreto, me había querido encontrar en la boda. El único que me había hecho palpar el corazón ante la mera idea de conocerlo. De que me diera esos dos besos obligatorios en las mejillas. De intercambiar cumplidos. De que quizá bailáramos juntos. De que me viera como la dama de honor de la novia. De, al fin, tenerlo delante de mí.

De las posibilidades.

Moví los dedos y la puerta se destrabó con un clic.

Se me aceleró el corazón al saber que *de verdad* era él, y apreté la manija. La ansiedad, la impaciencia y la esperanza me cerraron la garganta. Todas las tonterías, esas que mi cabeza había inventado en los meses previos a la boda, se me enredaron con las nuevas emociones del caos que había desatado. Expectación mezclada con culpa. La vergüenza, en espiral con la agitación.



Con una opresión en el pecho, abrí la puerta y...

Algo cayó a mis pies.

Miré hacia abajo y me encontré enseguida con el origen del golpe.

Él estaba acostado en el suelo, boca arriba. Como si hubiera acomodado todo su peso contra la puerta y se hubiera caído hacia atrás cuando la abrí.

Mientras parecía que el aire apenas me entraba a los pulmones, me topé con la abatida cabellera de rizos castaños. No coincidía con la imagen que guardaba, nítida, en mi memoria. En mi memoria o en la captura de pantalla que me había guardado en secreto en el móvil. Solo lo había visto con el pelo rapado.

—De verdad, eres tú —dije en un murmullo, mientras lo observaba—. De verdad estás aquí. Tienes el cabello diferente, más largo y...

Me mordí la lengua al sentir que me ponía roja.

Puso una cara de desconcierto en su atractivo rostro, que había visto en la pantalla del celular más veces de lo que estaba dispuesta a admitir. Pero, de inmediato, le brilló el par de ojos vivaces color chocolate junto con su sonrisa.

—¿Nos... conocemos?

—No —respondí enseguida—. Obvio. Lo que quiero decir es que te ves diferente de cómo pensaba. Ya sabes, por tu voz. Nada más. —Negué con la cabeza—. Y lo... *Ay, Dios.* Perdón. Por todo esto. Yo solo...

¿Solo qué, Rosie?

El rubor se me extendió hasta las puntas de las orejas. Y pensé que, si el suelo se me abriera bajo los pies (cosa que me parecía bastante probable) y quisiera tragarme, en ese mismo instante, me iría por mi propia voluntad.

—¡Lo siento mucho, perdón! —Exhalé—. ¿Te puedo ayudar a levantarte? Por favor.

Pero *él* (este hombre que ni siquiera sabía de mi existencia pero del que yo podía recitar todos sus rasgos de memoria y con los ojos cerrados) no me dio ningún indicio de estar apurado por ponerse de pie. En cambio, se tomó su tiempo para examinarme la cara, como si yo fuera la que, de la nada, hubiera pasado por allí y caído a sus pies.

Y justo cuando pensé que me había recompuesto lo suficiente como para decir algo (con suerte, algo inteligente), su sonrisa se ensanchó. Su mirada de desconcierto se disolvió por completo y dio lugar a una sonrisa. Y lo que sea que yo estuviera a punto de decir, se desintegró.

Porque me estaba sonriendo. Y era una gran y luminosa sonrisa, muy franca y tan bella en su descaro que no sabrías qué hacer ante ella.

Mucho más que la sonrisa de aquella *única* captura de pantalla que me había permitido guardar para mí y que, de vez en cuando, miraba.

—Entonces —dijo, con la sonrisa al revés y luminosa—, si no nos conocemos: Hola. Soy Lucas Martín. El primo de Lina.

Sí.

Lo sabía. Sabía con exactitud quién era. Él no se podría ni imaginar hasta qué punto lo sabía.